



FABER

**MUÑOZ MOLINA, ANTONIO.**  
***Todo lo que era sólido.***

Barcelona: Seix Barral, 2013. 256 páginas.

*Todo lo que era sólido* de Antonio Muñoz Molina se propone tres tareas principales: describir los excesos, desvaríos y locuras que marcaron la vida española en los veinte o treinta años que precedieron a la crisis actual; explicar cómo pudieron haber ocurrido; y exhortar a sus compatriotas a asumir la crisis y aprender de ella para construir un país mejor: una España más civilizada, más próspera, productiva y sobria; una España menos bárbara, menos particularista y menos obsesionada con el pasado. El texto no es analítico o periodístico sino más bien descriptivo y personal. Su tono y estructura alternan el ensayo con las memorias; predomina el uso de la primera persona, del singular y del plural. Sin embargo, si el yo autobiográfico es reflexivo, el nosotros tiene una clara dimensión constituyente: pretende establecer una comunidad civil, solidaria y comprometida, que trascienda las divisiones actuales. No hay duda de que esa comunidad-por-establecer es de carácter nacional. *Todo lo que era sólido* está escrito por un intelectual español para sus compatriotas, y su tema principal, casi exclusivo, es España. El *nosotros* constituyente se contrapone a varios *ellos*: los economistas irresponsables que nos engañaron; la clase política española, también irresponsable, que se aprovechó de nosotros; y los particularistas y victimistas

que nos dividen exagerando nuestras diferencias políticas y culturales. El toque populista que este uso del *nosotros* confiere al libro sale reforzado por el hecho de que el autor se presente como persona común. No escribe como experto en materia económica, política o cultural sino, simplemente, como testigo y ciudadano. Eso sí: un testigo privilegiado —por haber viajado y haberse movido en círculos cercanos al poder— y un ciudadano que no cuestiona su propio derecho al micrófono.

La primera tarea, descriptiva, la cumple Muñoz Molina admirablemente. Los pasajes más potentes del libro los constituyen los relatos —entre divertidos y patéticos— de los muchos desmanes de políticos y empresarios en “los años del delirio”, cuando parecía que el dinero no se iba a acabar nunca y España se codeaba con las naciones más poderosas del mundo. Algunos de los episodios más extravagantes los vivió el propio Muñoz Molina como miembro del consejo asesor del Instituto Cervantes, a principios de los años noventa, y durante su mandato como director del Cervantes de Nueva York en la década siguiente. Otros abundantes datos y anécdotas los extrae de los periódicos de la época.

En lo que respecta a la segunda tarea, la explicación de esos excesos, *Todo lo que era sólido* es tal vez algo menos eficaz. No es que Muñoz Molina no identifique causas posibles; pero esas causas resultan relativamente superficiales, reducibles a las malas intenciones e instintos egoístas de grupos e individuos determinados. En algunos momentos, parece que el autor prefiere el efecto retórico de la exasperación a la opción de barajar hipótesis plausibles: “Que los nacionalistas vivan subyugados por las mitologías patrióticas del origen y por la obsesión de la pureza es comprensible.

Que la izquierda no sólo les apoye... sino que además les imite... es un enigma que por cansancio yo he renunciado a explicarme” (79). “Pero esta gente no aprende nada”, suspira más tarde a propósito del proyecto de EuroVegas (162).

Para el novelista, hay tres o cuatro factores principales que permitieron y fomentaron que España acabara como lo hizo: el bajo nivel moral de la clase política; ciertos aspectos de la cultura ciudadana en España que se resumirían en una falta de formación y práctica democráticas; el “café para todos” del sistema autonómico; y, en los últimos diez años, una obsesión enfermiza con el pasado —sobre todo los años de la República y la Guerra Civil—. Esta obsesión, se da cuenta ahora el autor, fue una “gratuita fantasmagoría” (12) que cegó a muchos, el propio Muñoz Molina incluido, a la realidad de un presente que, en retrospectiva, abundaba en indicios obvios de que las cosas no podían seguir así.

La tercera tarea, la exhortativa y didáctica, me parece la menos lograda. Las lecciones que cabe sacar del desastre son, para Muñoz Molina, ante todo de carácter moral. Es verdad que en varios momentos propone, de forma resumida y general, una serie de cambios estructurales más concretos: reducir el número de ayuntamientos, suprimir las diputaciones provinciales y el senado, cerrar los canales oficiales autonómicos, gastar más en investigación científica y menos en “fiestas patronales o en subvenciones a partidos de fútbol, a corridas de toros, a procesiones religiosas” (222). Pero mucho más que estas reformas administrativas le interesa subrayar la necesidad de una serie de cambios profundos de *actitud*: para que España funcione mejor como país, los españoles tienen que mejorar su comportamiento. Tie-

nen que hacer menos ruido; ser más serios; trabajar más y gastar menos dinero en juergas; ser más tolerantes ante las diferencias internas y más civiles en la esfera pública; dar más peso a las sustancias que a las imágenes; y pelearse menos para abrirse más al debate racional. Y es que, para Muñoz Molina, el hedonismo de los años de la democracia ha producido una profunda erosión de valores. La desfiguración del paisaje, afirma, “es el equivalente visible de una *fealdad de espíritu* de la que no nos será menos difícil recuperarnos” (163, énfasis mío). Todo el país se ha quedado estancado en el peor momento de la adolescencia: la generación que “pasó penurias para estudiar en la universidad... muchas veces no se ha molestado en inculcarles [a sus hijos] el sentido de la responsabilidad ni el amor por el estudio”, en su afán por “inventar un mundo en el que no parecían existir los deberes” y “prolongar una ficticia juventud y ... halagar a los jóvenes en vez de ejercer con ellos la responsabilidad de ser adultos” (203-04).

La democracia y el bienestar, nos advierte Muñoz Molina, son muchísimo más frágiles de lo que parecen. Exigen un esfuerzo y cuidado constantes, de todos. Esto significa que cada ciudadano español, sea cual sea su trabajo o posición en el engranaje social, tiene que esforzarse más:

El estudiante que estudie, y si no quiere estudiar que aprenda un buen oficio y disfrute poniendo toda su inteligencia en el trabajo de sus manos. El profesor que enseñe, el padre y la madre que sean padre y madre y no aspirantes a colegas o halagadores permanentes de sus niños. ... El que maneje dinero público que lo controle hasta el céntimo... El médico que recete la dosis más exacta posible de la medicina. El encargado de barrer la calle que la deje tan limpia como si estuviera barriendo

su casa. Y el ciudadano que pase por ella que procure dejar el mínimo rastro de su paso, porque cuanto menos se ensucie menos habrá que limpiar... El crítico literario que lea el libro de verdad antes de juzgarlo. El escritor que repase cada una de sus palabras y las someta a la evaluación exigente de otros... El periodista que se asegure de la veracidad de la información que va a publicar... El investigador que investigue. El historiador que se esfuerce en contar las cosas como fueron y en desbaratar los embustes y las leyendas que nunca dejan de difundir los intoxicados por las ideologías. (250-51)

El libro de Muñoz Molina es directo, valiente y original. Aunque el autor se identifica con la izquierda, no es fácil asociarlo con un grupo específico o una posición política determinada. En efecto, llama la atención la distancia entre la visión de Muñoz Molina y otros análisis críticos del presente y pasado reciente español. Frente a los que, como Vicenç Navarro, rastrean muchos de los males actuales de España a una Transición injusta e incompleta, Muñoz Molina parece defender la democracia hija de esa Transición —por imperfecta que haya sido— como un gran logro. (“En nombre de la República más soñada que recordada de 1931”, escribe, “se menospreciaba la democracia que en 2006 llevaba durando casi treinta años” (15)). De hecho, si según Navarro el problema es que no hubo ruptura radical con las estructuras y culturas del franquismo, Muñoz Molina argumenta lo opuesto: sugiere que la Transición significó el final de una cultura de competencia y control tecnócratas en los cuerpos administrativos del Estado, cuerpos que “venían de mucho antes de la Guerra Civil, y habían sido fundados con el propósito de limitar el poder arbitrario de los caciques territoriales” (47). Ahí, en esa ruptura con la tradición, estuvo uno

de los orígenes del desastre actual: “Habría sido necesario construir una nueva legalidad democrática: lo que hicieron fue sustituir la antigua por la potestad de ejercer incontroladamente el albedrío político. Cambiaron las leyes no para hacerlas mejores sino para asegurarse de que podrían actuar al margen de ellas. ... La ruina en la que nos ahogamos hoy empezó entonces: cuando la potestad de disponer del dinero público pudo ejercerse sin los mecanismos previos de control de las leyes” (48). Como consecuencia, “[l]as únicas carreras administrativas que se han hecho en España a lo largo de los últimos treinta años son las de los mediocres arriados a los partidos que han llegado a ocupar los puestos más altos sin poseer ningún mérito, sin saber nada, sin adquirir a lo largo del tiempo otra habilidad que la de simular que hacen algo o que han aprendido algo” (52).

A diferencia de los que conectan las patologías de la cultura política actual con los acuerdos entre élites de los años setenta y ochenta (las leyes de amnistía, los pactos de la Moncloa, la restauración de la monarquía borbónica, el llamado pacto del olvido o silencio), Muñoz Molina defiende los compromisos políticos de esa época y mantiene que detenerse en los conflictos y heridas del pasado sólo agrava los problemas. (“Está bien olvidar viejas ofensas que ya no tienen remedio y rencores por agravios que cesaron hace mucho tiempo, o que sufrieron otros...” (203)). Ante los que ven la crisis económica y política de España como una manifestación local de una dinámica global, Muñoz Molina insiste en subrayar la esencial españolidad de los problemas españoles. (Como el Ortega de *España invertebrada*, interpreta la vehemencia con la que catalanes, vascos y otros rechazan la noción de España como prueba, precisamente, de

su profunda españolidad).

Dado su tema y enfoque, *Todo lo que era sólido* manifiesta algunos huecos y ausencias curiosos. Al movimiento de los indignados del 15-M no le dedica más que dos páginas. El sistema capitalista, por poner otro ejemplo, no entra como tal en el diagnóstico, cosa que no deja de ser irónica a la luz de los ecos marxistas del título. Es verdad que, al comienzo del libro, Muñoz Molina denuncia a los economistas responsables de la burbuja que acabó por explotar —“No eran expertos en economía sino en brujería” (26)— y lamenta que *nosotros*, ciudadanos legos, fuéramos demasiado ignorantes como para ver que *ellos*, los emperadores financieros de Merrill Lynch y la Reserva Federal, estaban en realidad tan desnudos como el del cuento. Pero Muñoz Molina ve su comportamiento como una *perversión* del sistema capitalista, no como un resultado natural de él. Por otra parte, no parecen interesarle demasiado las formas alternativas de organización económica, política y social a que ha dado raíz la crisis, organizadas en torno a principios como la asamblea, la colectividad, el código abierto, la cooperativa o el bien común. Si uno de los encantos del libro es su tono íntimo, personal e introspectivo, también constituye un discurso curiosamente monológico y solitario, casi ensimismado. En un contexto donde la crisis ha fomentado la solidaridad, las cooperativas y la colaboración comunal, llama la atención que Muñoz Molina no cite a casi nadie: ni a ciudadanos, ni a intelectuales o expertos. (También es un libro alusivo: muy pocos individuos de las clases política, periodística e intelectual salen mencionados con pelos y señales.)

Como hemos visto, para Muñoz Molina los problemas empezaron en gran parte después de la muerte del dicta-

dor y la consolidación de la democracia a principios de los ochenta. Sin embargo, de todos los aspectos nefastos de lo que Guillem Martínez, Ignacio Echevarría, Amador Fernández-Savater y otros han identificado como la Cultura de la Transición (CT; Guillem Martínez (coord.), *CT o la cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española* (Madrid: DelBolsillo, 2012)) —“una cultura esencialmente ‘consensual’... que impone ya de entrada los límites de lo posible: la democracia-mercado es el único marco admisible de convivencia y organización de lo común”—, Muñoz Molina sólo identifica algunos. Coincide con Martínez y compañía en señalar que la clase intelectual no ha estado a la altura de las circunstancias; pero mientras que los colaboradores de *CT* se fijan sobre todo en los productores culturales (cineastas, novelistas), Muñoz Molina enfoca en los periodistas y “opinadores”. Martínez habla de la “desactivación” de la cultura, gracias a la cooptación por el comercio y el Estado: “Básicamente, la relación del Estado con la cultura en la CT es la siguiente: la cultura no se mete en política —salvo para darle la razón al Estado— y el Estado no se mete en cultura —salvo para subvencionarla, premiarla o darle honores—”. Por tanto, “en la CT desaparecen todos los productos culturales problemáticos” al mismo tiempo que la cultura se convierte en “una gigantesca máquina propagandística... de un sistema político: el sistema democrático español”. Muñoz Molina acusa a “una parte de la clase periodística e intelectual” de “colaborar” en el parasitismo de la clase política (231), aunque también reconoce los límites discursivos impuestos por el consenso postfranquista: “en cuanto uno intenta dar un paso fuera de los caminos señalados corre el peligro de darse de bruces contra un muro

coronado de trozos de cristal” (130).

Uno de los grandes méritos de este libro es que incluya en su mirada crítica al propio autor —una dimensión confesional que contribuye a su fuerza persuasiva e integridad intelectual—. Al señalar la ceguera ante lo que estaba ocurriendo, por ejemplo, Muñoz Molina es el primero en admitir que esa condición le afectó tanto o más que a sus conciudadanos. (“Demasiado tiempo había vivido absorto en mis imaginaciones, cómplice yo también de la larga irrealidad española” (238).) Lo que sin embargo llama la atención es que el autor se nos presente mucho más como *testigo* del drama español que como *actor* en él. Es verdad que explica que ha sido su posición como director del Cervantes en Nueva York la que le ha permitido observar de primera mano desmanes tremendos, “las barbaridades y los despilfarros” de políticos y empresarios españoles (42) —sobre todo en lo que respecta a la autopromoción en el extranjero de los gobiernos autónomos—. Pero apenas reflexiona sobre su propio papel como *agente* clave en la maquinaria de autopromoción de la nación y lengua españolas que es el Cervantes o —cubriendo un período bastante más largo— como miembro prominente del mundo y mercado literarios de su país. Es una lástima, porque me parece que una reflexión más extensa sobre su propia participación activa en la cultura y las instituciones de la España democrática habría ayudado a profundizar el análisis de la crisis. Cuando Muñoz Molina escribe, por ejemplo, que “[l]a democracia tiene que ser enseñada, porque no es natural, porque va en contra de inclinaciones muy arraigadas en los seres humanos” pero que, en España, “[e]n treinta años de democracia y después de casi cuarenta de dictadura no se ha hecho nin-

guna pedagogía democrática” (102-103), el uso del “se” impersonal no deja claro a quién le habría tocado realizar esa tarea pedagógica, y a quién por tanto cabe responsabilizar del déficit actual. ¿Los medios? ¿Los políticos? ¿Los catedráticos? ¿Los novelistas? Hay otros momentos similares donde la asunción del papel de ciudadano raso le permite a Muñoz Molina escurrirse de su responsabilidad como intelectual. “[C]uando a principios de siglo ingresamos en la moneda única y fluyó el crédito barato”, escribe por ejemplo, “...no comprendíamos que una gran parte de ese dinero era prestado... No lo comprendíamos y nadie lo explicaba” (49). ¿No le incumbe al intelectual público informarse más allá de lo que explican o dejan de explicar las clases dirigentes?

En este sentido quizá sea un tanto coqueta la tendencia de Muñoz Molina a subrayar su timidez, su relación tenue con su patria y su sensación de sentirse fuera de lugar en contextos formales y oficiales. Es coqueta porque subvalora el poder real que ha tenido y sigue teniendo como autor premiado de bestsellers, intelectual público, miembro de la Real Academia de la Lengua desde hace 17 años y operador cultural del establo de PRISA desde hace todavía más. Un poder que, por otra parte, y paradójicamente, parecen *presuponer* el formato y el tono del propio libro. A fin de cuentas, todo el texto está fundamentado en el supuesto tradicional de que aquí nos habla un intelectual, es decir, una personalidad pública cuyo poder de persuasión reside en su autoridad moral, agudeza de visión y habilidad retórica. Un papel, por cierto, que Martínez y Fernández-Savater no dudarían en identificar, precisamente, con la Cultura de la Transición.

Esta idea tradicional del intelectual como guía moral de

la ciudadanía no desentona con la visión desencantada de la naturaleza humana que informa todo el libro, una visión hobbesiana que, la verdad, sorprende en un escritor que se sigue identificando como progresista. “Lo natural”, escribe Muñoz Molina, “no es la igualdad sino el dominio de los fuertes sobre los débiles”; “la tendencia infantil y adolescente a poner las propias apetencias por encima de todo, sin reparar en las consecuencias que pueden tener para los otros, es tan poderosa que hacen falta muchos años de constante educación para corregirla” (103); “Nadie ... cumple espontáneamente con sus deberes hacia la comunidad sin la vigilancia de un guarda o la amenaza de un castigo” (211). “Lo natural”, resume, “es la barbarie, no la civilización” (103). Desde esta perspectiva, claro, la libertad no siempre es un bien incuestionable. “[S]i la democracia no se enseña con paciencia y dedicación y no se aprende en la práctica cotidiana”, escribe, “sus grandes principios quedan en el vacío o sirven como pantalla para la corrupción y la demagogia”. Esta visión política, en el fondo, presupone la necesidad de una jerarquía didáctica, tutelar. El dilema conceptual, desde luego, es cómo compaginarla con los propios principios de la democracia. Si el estado natural del electorado es la barbarie egoísta y tribal, ¿cómo podemos confiar en que la expresión de su voluntad en las urnas aúpe a los pacientes pedagogos que necesita para aprender a controlar sus instintos?

Aunque la entiendo y respeto, me cuesta aceptar esta visión desencantada. Es más, me parece que la reacción de la ciudadanía española ante la crisis —creativa, solidaria y activista, además de indignada— la desmiente. Por otro lado, no puedo por menos de asociar la desconfianza de los ins-

tintos “naturales” de la sociedad, y la correspondiente necesidad de tutela, con lo que la historiadora Helen Graham ha identificado como uno de los “Franco effects” que han venido sobreviviendo hasta el presente: “the enduring belief that citizens’ behaviour is potentially destabilizing” (Helen Graham, *The War and Its Shadow: Spain’s Civil War in Europe’s Long Twentieth Century* (Brighton: Sussex Academic Press, 2012), p. 129).

A pesar de su prominencia institucional en España, la relación de Muñoz Molina con su propio país es problemática; en este sentido, cabe colocarlo de lleno en la línea genealógica de Larra, Cernuda y Goytisolo. Como Cernuda, Muñoz Molina es en muchos sentidos un “español sin ganas”. La conducta de sus compatriotas a menudo le inspira enfado, tristeza o vergüenza. Sus experiencias en el extranjero (sobre todo Estados Unidos), en cambio, le han abierto los ojos a otras formas de vivir, convivir y trabajar, otras formas de hacer política o vivir en democracia. De ahí que parte de su visión crítica de España esté inspirada en esas otras realidades. Muñoz Molina explica que empezó a escribir este libro en Nueva York; continuó trabajando en los meses del verano en España; y lo terminó durante una estancia de varios meses en Ámsterdam. Holanda le encantó, por cierto, hasta el punto que le parece una sociedad ideal: más trabajadora y moderada que España pero bastante menos puritana y despiadada que Estados Unidos. En un pasaje precioso, Muñoz Molina llega a leer el tráfico en las calles de Ámsterdam —en comparación con la agresividad española— como una metáfora de la convivencia democrática. Como holandés capitalino, no deja de parecerme halagador esta lectura positiva del tráfico en mi ciudad natal, aun-

que no creo que corresponda a la impresión de la mayoría de mis compatriotas.

Me interesa dejar claro que la intención de estos apuntes no es, ni mucho menos, negar la importancia y la originalidad de *Todo lo que es sólido*; todo lo contrario, sencillamente acepto la “invitación al debate” que pretende ser. Seré el primero en conceder la irrelevancia de mis quisquillosidades si los lectores del libro se muestran receptivos ante su llamada por una regeneración moral y si Muñoz Molina contribuye, aunque sólo sea un poco, a que España empiece a salir del marasmo en que se encuentra. Sin embargo, no puedo dejar de sentir cierto escepticismo al respecto. El problema de la crítica y exhortación moral del tipo que emprende Muñoz Molina en este libro es doble: primero, resulta muy difícil evitar el cliché paternalista de los libros de autoayuda; segundo, en lo que a reformas y cambios concierne, deja muy obvio el consabido trecho entre dicho y hecho, sin proporcionar modos concretos de salvarlo. Desde luego, los clichés no dejan de ser verdad: ¿quién niega que, como escribe Muñoz Molina, “[u]na cultura personal se adquiere con mucho tesón y mucho esfuerzo a lo largo de la vida” (73), que “Cada uno es como es” (167), que “No sabemos lo que sucederá mañana”, que “Nuestros actos hablan por nosotros de una forma mucho más verdadera que nuestras palabras” (230), que “Es bueno el recuerdo que ayuda a aprender sobre el presente pero también es bueno olvidar si la memoria actúa sobre la vida como un peso muerto” (202), o que “La única manera de predicar la democracia es con el ejemplo” (103)? Lo que me pregunto es hasta qué punto puede surtir efecto proferir estas verdades hoy.

“En una sociedad sólida”, escribe Muñoz Molina, “los

méritos están muy repartidos y el protagonismo de lo que sale bien casi nunca corresponde a quien ostenta un cargo público. Cuanto más razonablemente funciona un país o una ciudad menos espacio queda para el providencialismo populista del buen líder” (55); “En una democracia liberal”, apunta más tarde, “la libertad de pensamiento y de crítica, la solidez de la educación y el ejercicio del debate ofrecen ciertas garantías de que la racionalidad acabará prevaleciendo, o al menos no será amordazada ni suprimida” (94). En la práctica, la España ideal que surge del texto de Muñoz Molina —su utopía, en otras palabras— es una España a lo Norman Rockwell: una especie de *Pleasantville* en que todos, desde el basurero hasta el escritor, aceptan gustosamente su lugar en la estructura social (además de, claro, la legitimidad del Estado español); o, para citar uno de los rasgos que Fernández-Savater atribuye a la Cultura de la Transición: “que todos y cada uno aceptemos identificarnos con el papel que nos toca: la política es cosa de los políticos; la comunicación es materia de los media; la palabra autorizada es un privilegio de intelectuales y expertos”. Visto así, *Todo lo que es sólido* cabe leerse, paradójicamente, como una defensa del *status quo*. No en términos de modales, quizás, pero sí en términos de sistema económico y relaciones de poder.

Sebastiaan Faber  
*Oberlin College*